

NO SE DEBE PREJUSGAR

★ ★

ES muy feo el prejuicio. Muy feo y, además, muy injusto. A menudo padecemos del defecto de juzgar a nuestros semejantes por las apariencias, por lo que "se dice" de ellos, o por lo que, simplemente, a nosotros se nos ocurre. Muchas veces, sin pretenderlo, lanzamos sobre la reputación de los demás manchas que tardan en desaparecer, o que no desaparecen nunca.

¿Por qué antes de juzgar no pensamos que no siempre las cosas son como las vemos, ni como nos dicen que son? Juzgar por lo que ven nuestros ojos, en lo que al aspecto exterior se refiere, es juzgar mal, porque un hombre desaliñado puede ser un sabio, y una mujer primorosamente vestida puede ser abnegada y hacendosa dueña de casa.

El defecto de prejuzgar existe, desde luego; en mayor proporción —y que ellas me perdonen— en las mujeres. Por lo general los hombres, entregados a la política, a los negocios y a los deportes, no tenemos tiempo de detenernos a observar la vida de los demás, y por eso estamos más libres de ese pecado. Esto no quiere decir que por ley natural seamos más generosos que las mujeres en la crítica de nuestros semejantes.

La otra mitad del género humano, esa bella mitad que es motivo de todas nuestras preocupaciones y nuestros sueños, tiene menos que hacer, y por ello se da con más dedicación a la tarea de ocuparse de los otros.

La mujer juzga a la mujer, casi siempre, con la misma facilidad con que describe su vestimenta. Olvida que los actos humanos están regidos por razones que muchas veces escapan a nuestra mirada.

Es claro que me refiero en estas líneas a la mujer que tiene el defecto de prejuzgar, muchas veces sin una intención preconcebida. A ella van dirigidas estas sinceras palabras.

El hábito de decir esto o lo otro de una persona que un buen día, "sin avisar", cambia su sistema de vida, es negativo e ingrato. Fulana, una pobre mujer a quien se la ha visto ocho meses con el mismo vestido, sale el día menos pensado, luciendo un traje riquísimo y nuevo, y además usando joyas. ¿Por qué se ha de pensar mal de esa persona, que hasta ese momento gozó de toda nuestra consideración? Ese cambio puede obedecer a centenares de razones, todas ellas ajenas a la más fundada perspicacia.

Cada vida es un misterio; pero un misterio para aquellos que no estamos enterados de los detalles íntimos de esa vida. Si por cualquier capricho del azar llegamos a conocerlos, el misterio desaparece. Damos vuelta la espalda a lo que mortificó nuestra malsana curiosidad, y entobamos el bisturí de nuestro afán de crítica hacia otra vida. Mal hacemos en no dejar vivir tranquilamente a los demás, si no sabemos ni tenemos tiempo de arreglar nuestra propia existencia. Una palabra, una alusión, una referencia cualquiera hecha a una persona que nos parece "esto" o "aquello", puede dañar su reputación y entorpecer desagradablemente las cosas que le son propias.

En las fuentes mismas de la Biblia, en el sentido más puro y recóndito de nuestra religión, se condena el prejuicio como una de las debilidades más censurables del ser humano, pues nada perjudica tanto como él, y nada, tampoco, puede existir más injusto, ni más arbitrario.

Niña que aun tienes todo el candor y la inocencia de tus breves años, niña que detienes la vista sobre estas líneas, niña que sueñas con un mañana color de rosa y con un mundo lleno de felicidad y de hechos nobles y heroicos, no te acostumbres, no aprendas a prejuzgar. Ese feo, horrible defecto, puede proyectar, el día de mañana, sobre ti misma, sus desagradables consecuencias. Piensa que todos en este valle de lágrimas somos buenos, y vivirás en el dorado mundo de la bondad; más aún, te acostumbrarás a vivir ajena a la maledicencia, a la suspicacia, y a la aviesa intención de todos aquellos que retuercen las cosas con el ánimo de encontrarles, en alguna de sus caras, carne propia a su mordedura.